

Homilías Domingo Segundo de Cuaresma

+ Lectura del santo Evangelio según San Mateo

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta. Se transfiguró delante de ellos y su rostro resplandecía como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él.

Pedro entonces tomó la palabra y dijo a Jesús: -Señor, ¡qué hermoso es estar aquí! Si quieres, haré tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía: -Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadle.

Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto. Jesús se acercó y tocándolos les dijo: -Levantaos, no temáis.

Al alzar los ojos no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: -No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.

Palabra del Señor

Homilías

(A)

La otra cara de la realidad

Este segundo domingo de Cuaresma nos presente un rostro de Jesús distinto al de las tentaciones en el desierto, y también nos presenta el otro rostro de la realidad de los hombres. Conocemos a la gente por fuera.

¿Quién conoce al otro por dentro?

Bajo unas apariencias de vulgaridad, puede esconderse un corazón muy grande.

Bajo los harapos de un pobre, puede esconderse la grandeza de espíritu.

Bajo la triste figura de un alcohólico, puede esconderse una gran sensibilidad.

Mariola López, en su simpático librito “Mirar por otros”, comentando precisamente este texto de la transfiguración de Jesús, nos cuenta una maravillosa experiencia de su vida. La resume así:

“Perico, como es conocido en el barrio, vive solo desde hace años. Se ha “dejado devorar la vida por el alcohol. Lo encontré descalzo por la calle y bebido; aún así, se acercó a mí con respeto, y me contó que se había quedado dormido con un cigarrillo en la boca y que se le habían quemado unas mantas, y me invitó a su casa para que lo viera. Confieso que al principio sentí miedo, pero luego, agradecí el no haberme dejado paralizar por él. Me mostró su pequeña casa, desatendida desde que su madre no está, sucia y con olor a vino y a restos de comida; luego me llevó a otra estancia, y allí fue donde se hizo la luz: tenía cuatro colchones tirados por el suelo, y me contó que en ellos acoge cada noche a chicos toxicómanos que no tienen adónde ir, les deja dormir allí y que puedan ducharse y lavar su ropa”.

Las consecuencias son claras:

Detrás de un Perico alcohólico que te da miedo acercarte a él, hay algo que los ojos no descubren.

Detrás de un Perico alcohólico, viendo en una habitación que huele a vino y a comida, hay algo que para la gente pasa desapercibido.

Detrás de un Perico alcohólico, con su vida quemada y “devorada” por el alcohol, hay un corazón que no solo piensa en la botella de vino, sino que siente lástima de quienes viven todavía más hundidos que él, y consumidos por la droga.

Detrás de un Perico a quienes todos tienen miedo y le ceden el paso para evitar cualquier agresión, se esconde una habitación con cuatro colchones para que estos drogadictos puedan dormir, ducharse y limpiar su ropa.

Hay cosas que los ojos no ven.

Hay cosas que se esconden detrás de una vida destruida.

Hay cosas muy bellas ocultas detrás de una vida que ya ha dejado de ser vida hace tiempo.

Esa es la transfiguración.

Tampoco Pedro, Santiago y Juan lograban ver en Jesús más que a un hombre como ellos.

Tampoco ellos logran ver lo que se esconde al otro lado de la humanidad de Jesús.

Hasta que un día, se rompen los velos y la luz interior aflora hacia fuera.

Como una barra de luz eléctrica cuando se enciende la llave e ilumina la habitación entera que estaba a oscuras. Y donde no se veía nada ahora se ve todo.

La transfiguración de Jesús nos habla de lo que pueden ver los ojos.
Pero también de lo que puede descubrir la fe. El otro lado de las cosas.
Hay cosas que no logramos ver hasta que se enciende la luz del corazón y
podemos descubrir lo que hay al otro lado de las paredes.
Es por ello que todos tratamos de cultivar tanto nuestro exterior.
Tanto maquillaje.
Tanta cirugía estética.
Tanto perfume y colonia que haga agradable nuestra presencia.
Y todo, porque todos nos quedamos que las apariencias.
Todos nos quedamos con esa imagen de exportación.
Todos nos quedamos con esas etiquetas que hagan vendible el producto.
Pero ¿quién mira al otro lado de tanto maquillaje?
¿Quién mira al otro lado de tanta cirugía estética?
¿Quién mira el corazón que late y siente allá dentro?
Un amigo mío pasaba, ya muy adelantada la media noche, al lado de unos
muros altos. Y comenzó a escuchar que alguien cantaba allá dentro.
No tenía traza de discoteca. Era un convento de monjas de clausura que,
mientras el mundo se divertía, ellas cantaban Maitines alabando a Dios. Le
entraron ganas de saltarse el muro y ver qué era aquello. Pero era muy
alto. Llegado a su casa, no podía dormir. ¿Cómo es posible que detrás de
unos viejos muros alguien, a esas altas horas de la noche, esté despierto
cantando a Dios?
Si supiéramos mirar con los ojos del corazón veríamos que la gente es
maravillosa.
Si supiéramos mirar con los ojos de la fe veríamos que detrás de unas pobres
apariencias se esconden muchos sentimientos de bondad, de generosidad,
de fidelidad y de amor.
La transfiguración nos habla de la verdad que llevamos dentro, pero
también de los nuevos ojos que necesitamos para ver.

(B)

MIEDO A JESÚS

La escena conocida como "la transfiguración de Jesús" concluye de una manera inesperada. Una voz venida de lo alto sobrecoge a los discípulos: «Este es mi Hijo amado»: el que tiene el rostro transfigurado. «Escuchadle a él». No a Moisés, el legislador. No a Elías, el profeta. Escuchad a Jesús. Sólo a él.

«Al oír esto, los discípulos caen de bruces, llenos de espanto». Les aterra la presencia cercana del misterio de Dios, pero también el miedo a vivir en adelante escuchando sólo a Jesús. La escena es insólita: los discípulos preferidos de Jesús caídos por tierra, llenos de miedo, sin atreverse a reaccionar ante la voz de Dios.

La actuación de Jesús es conmovedora: «Se acerca» para que sientan su presencia amistosa. «Los toca» para infundirles fuerza y confianza. Y les dice unas palabras inolvidables: «Levantaos. No temáis». Poneos de pie y seguidme. No tengáis miedo a vivir escuchándome a mí.

Es difícil ya ocultarlo. En la Iglesia tenemos miedo a escuchar a Jesús. Un miedo soterrado que nos está paralizando hasta impedirnos vivir hoy con paz, confianza y audacia tras los pasos de Jesús, nuestro único Señor.

Tenemos miedo a la innovación, pero no al inmovilismo que nos está alejando cada vez más de los hombres y mujeres de hoy. Se diría que lo único que hemos de hacer en estos tiempos de profundos cambios es conservar y repetir el pasado. ¿Qué hay detrás de este miedo? ¿Fidelidad a Jesús o miedo a poner en "odres nuevos" el "vino nuevo" del Evangelio?

Tenemos miedo a unas celebraciones más vivas, creativas y expresivas de la fe de los creyentes de hoy, pero nos preocupa menos el aburrimiento generalizado de tantos cristianos buenos que no pueden sintonizar ni vibrar con lo que allí se está celebrando. ¿Somos más fieles a Jesús urgiendo minuciosamente las normas litúrgicas, o nos da miedo "hacer memoria" de él celebrando nuestra fe con más verdad y creatividad?

Tenemos miedo a la libertad de los creyentes. Nos inquieta que el pueblo de Dios recupere la palabra y diga en voz alta sus aspiraciones, o que los laicos asuman su responsabilidad escuchando la voz de su conciencia. En algunos crece el recelo ante religiosos y religiosas que buscan ser fieles al carisma profético que han recibido de Dios. ¿Tenemos miedo a escuchar lo que el Espíritu puede estar diciendo a nuestras iglesias? ¿No tememos apagar el Espíritu en el pueblo de Dios?

En medio de su Iglesia Jesús sigue vivo, pero necesitamos sentir con más fe su presencia y escuchar con menos miedo sus palabras: «Levantaos. No tengáis miedo».

(C)

Los imperativos de la transfiguración

La transfiguración es una gracia, pero nunca, desde luego, una gracia barata. El Señor impone siempre sus reglas y sus condiciones. No actúa en atención a nuestros méritos, pero tampoco actúa caprichosamente.

Algunos imperativos se repiten.

- *Sal*: Abraham amigo, sal de tu tierra y de tu patria, sal de tu familia y de tus seres más queridos, sal de tus costumbres y de tus comodidades, de tu tranquilo refugio y de tus seguridades. Pequeño Abraham corta los dulces lazos que te atan a tantas cosas, lugares y personas. Despójate de tus tesoros. Despójate de todos.

Ahora no lo entiendes. Yo tengo para ti proyectos importantes. Por cada trozo de tierra que dejes, yo te regalaré trozos de cielo. Por cada tesoro que olvides, yo te daré tesoros escondidos. Por cada familia que abandones, yo te daré padres, hermanos e hijos innumerables.

- *Sal*: vive en un éxodo permanente, Abraham peregrino. No te acomodes a tu esclavitud. No pongas en ningún sitio tu tienda permanente. Sólo así podrás ser libre.

- *Sal* también de ti mismo, mi buen Abraham. No te apegues tanto a tus criterios y tus puntos de vista. No te tengas en tanto aprecio. No te regales tanto cariño. Vacíate del todo, hijo mío. Date cuenta de qué poquita cosa eres por ti mismo. Vacíate del todo, mira bien tu propio vacío.

Es bueno que te veas así: pobre y pequeño. Así podré darte yo la mayor de tus grandezas, y llenaré tus vacíos, y te conseguiré la libertad más hermosa. Sal de ti mismo, mi pobre Abraham, que te encontrarás de nuevo a ti mismo, pero transformado y transfigurado. Sal de ti mismo y te encontrarás en mí. Sal de ti mismo y me encontrarás en ti.

- *Sube*: Moisés, amigo, sube hasta la cima del monte. No sigas los caminos cómodos y trillados del rebaño. Sube hacia metas más altas. En la montaña se respira mejor. Subiendo te encontrarás más fuerte. El camino que sube es el camino que te eleva y te hace crecer, el que te lleva hacia la trascendencia.

Sube, fiel Elías. Es el camino que te conduce hacia donde no sabes. Allí podrás escuchar palabras secretas. Allí podrás ver mi gloria y conocer mi nombre.

Sube, Elías celoso. No te asuste la dureza del camino. No te faltarán el pan y el agua que te conforten. Y habrá algún ángel junto a ti que te facilite la escalada.

Subid, Moisés y Elías, Pedro, Juan y Santiago, subid para encontrar a Dios; subid a la verdad más plena, a la fe más pura, al amor más grande.

Sube, Juan de la Cruz, escalador magnífico, sube derecho hacia la cima del monte, y allí podrás beber el agua fresca, y entrar en la espesura del

misterio, y te dejarás envolver por la nube santa de fuego. Después podrás enseñar a los demás el camino de la subida.

- *Escucha*: escucha, Pedro amigo, que hablas demasiado y apenas sabes lo que dices. Escuchad, amigos todos, que no sois capaces de hacer silencio en vuestro corazón. Habláis y no escucháis. Incluso cuando os acercáis a mí,

no paráis de hablar y no abrís el oído para escuchar mi palabra.

Pedro, Juan y Santiago, buenos discípulos, escuchad a Moisés y Elías, que son mis testigos. Son la ley y los profetas, que tanto bien hicieron con su palabra. Pero hoy también hay profetas, discípulos míos; profetas que merecen ser escuchados. El que escucha a los profetas, a mí me escucha. Sus palabras llevan luz y llevan vida.

Pero escuchad, sobre todo, amigos míos, a mi Hijo, que está en el medio. El es la Palabra perfecta. Cuando él habla todo se llena de música. Cuando habla, todo es bienaventuranza; con su palabra todo lo ilumina y lo cura. Es que lleva mi sello perfecto en su palabra.

Antes los profetas amenazaban, pero él dice: «Dichosos». Antes la ley exigía, pero él dice: sólo se exige el amor. Antes las palabras eran difíciles de aprender, pero él las graba en el corazón.

Pero escuchad bien, mis buenos discípulos. Debéis guardar la palabra en el corazón, como hacía la mujer que mejor ha sabido escuchar: María. Y debéis dar vida a mi palabra. La palabra de mi Hijo es la mía. Antes se hablaba para saber, ahora hablamos para conocernos mejor y para amamos más. Escuchad las palabras de mi Hijo, que son palabras de amor.

- *Baja*: baja, buen Pedro, que no se puede estar siempre en la cumbre.

Bajad, amigos, porque muchos os esperan allí abajo. Allí, en el pueblo, en los caminos, hay muchos hombres que sufren y trabajan. Es necesario llevarles un poco de la luz y del consuelo que aquí habéis recibido. No se enciende una luz para guardarla. Tampoco se puede almacenar la dicha, porque se pudre. Nadie puede ser feliz a solas.

Baja, Moisés, del monte, que tu pueblo se extravía. Tienes que seguir conduciendo al pueblo. Tienes que hablarle las palabras que has escuchado y repetírselas bien. Tienes que darle a conocer mi nombre.

Y baja tú también del monte, Elías, para que defiendas mis derechos y los derechos del pobre, de aquel a quien quitaron su viña y su dignidad, y encima lo mataron; y baja para ungir a reyes y profetas, que sigan defendiendo mi nombre.

Bajad todos mis discípulos a predicar el evangelio. Bajad, hijos míos, a donde están los que sufren, para estar y luchar con ellos. Bajad a levantar

caídos, a curar heridas, a romper cadenas, a enjugar lágrimas y a extender la mano a todo el que os lo pida.

Bajad, hijos, para decir a todos lo que habéis visto y oído en el monte santo. Decid que ésa es nuestra esperanza, que no todo en la vida es oscuridad y desierto; que hay otros horizontes y otros encuentros.

Pero no tengáis tanta prisa en decirlo. Esperad tres días, por lo menos. Hay que madurarlo bien en la oración y en el silencio, hay que entrañarlo bien en la espera y la paciencia, hay que hacerlo pasar por la prueba del sufrimiento.

(D)

Su rostro resplandeció como el sol

«¡Si no fuera por estos momentos y otros como estos!», comentamos cuando disfrutamos un poco y nos «transfiguramos», dejando la dura realidad de lado. Algo así pasa en el grupo de los seguidores de Jesús. Les acaba de anunciar una «mala noticia» o «la gran noticia»: la pasión y muerte. Para que puedan digerirla mejor, adviene este pasaje de la transfiguración, presente en los tres sinópticos y en el mismo momento, después del anuncio de la manera en que Jesús tenía que morir. Más allá, se les dice a los discípulos, hay una realidad de luz que empalma con toda la rica tradición de los que nos han precedido. Los creyentes justos no han pasado en balde por la vida. Merece la pena la fidelidad a Dios. Entrever la luz que nos espera más allá es una manera de ayudarnos a vivir la realidad presente. Lo que vendrá está íntimamente unido al presente y al pasado, reflejado aquí en los personajes del Antiguo Testamento que aparecen en la escena. Pedro, protagonista de lo que le sobrepasa, lanza un suspiro: ¡Adelantemos el futuro, saltamos hacia él eliminando el presente y hagámoslo ya presente para siempre!

Pedro y nosotros, los de a pie, sentimos las mismas cosas: «tememos» la vuelta a la realidad después de unos días de vacaciones o de una experiencia bonita; tememos tanto el presente que nos hace exclamar: ¡¡Y ahora comienza de nuevo la prosa de la realidad!! ¡¡Y ahora a volver a lo de siempre!! No hay futuro de luz si no es atravesando el presente con sus luces y sus sobras. La luz que no conoce ocaso está un poco más allá. Su brillo depende de la travesía que hagamos. Nos jugamos la aurora de luz en la caminata de la noche. Así lo anuncia Jesús para él y para los que le quieran seguir. ¿Cómo caminar? En medio de la noche bastará marchar escuchando al Hijo revelado como el Hijo predilecto. Se confiesa a Dios

escuchando al Hijo. El dinamismo de nuestros pies está en lo que «entra por nuestros oídos». Eso, al creyente le pone en marcha la palabra escuchada. Siempre fue así. Y lo será.

(E)

Cuando vemos lo de dentro...

Todos estamos hartos de vernos por fuera. Todos estamos hartos de que nos miren y juzguen desde afuera. Por eso nos pasamos la vida maquillándonos para esconder lo que cada uno encierra dentro. Curioso, en el momento en que comienzo a escribir esta página llegan los periódicos a la comunidad y lo primero que me encuentro en uno de ellos es este título en grandes letras: “Españolas gastarán millones en cosméticos para el año 2015.” Como no me fiaba mucho del título seguí leyendo: “Según las cifras de la Cámara de Comercio las ventas y productos de higiene superarán los US\$ 1.400 millones en el 2010, reflejando así un crecimiento del 15% al año.” No me había equivocado, era cierto. Ahora entiendo por qué todos nos quedamos con lo exterior y nadie tiene tiempo para mirar por dentro, cuando la verdad la llevamos dentro. El maquillaje hay que limpiarlo cada noche y reponerlo al día siguiente. En tanto que lo de dentro está ahí con su propia belleza, incluso en aquellos que no pueden comprar cosméticos para maquillarse. Sin embargo, la belleza de su corazón sigue ahí dentro.

¿Qué decir de esto en este Segundo Domingo de Cuaresma? También los discípulos estaban acostumbrados a ver a Jesús por fuera, como a uno de ellos, pero recién en el Tabor pudieron ver y disfrutar la interioridad de Jesús. “Su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz.” No, no fue un maquillaje de fiesta.

Por un instante se rompieron todos los contornos externos de su humanidad y pudieron disfrutar de la belleza interior que brillaba y resplandecía. Hasta ellos se quedaron pasmados y llenos de alegría decidieron que aquello siguiese y estaban dispuestos a instalarse haciendo tres tiendas.

La verdad no está en nuestra piel. La verdad la llevamos en el corazón. Mientras no seamos capaces de ver nuestro corazón y el corazón de los demás, seguiremos engañándonos con tanto cosmético.

La bondad brota del corazón. La alegría brota del corazón. La gracia habita en nuestro corazón. Dios mismo mora en nuestro corazón. ¡Qué pena que lo tapemos con nuestras exterioridades! Es posible que también nosotros sintiésemos ganas de quedarnos dentro de nosotros mismos y dentro de los demás. Cuando vemos a una chica hermosa todos nos quedamos admirados diciendo: ¡Dios mío qué cuerpo! ¿Cuándo será que podamos exclamar: “¡Dios mío qué corazón, qué alma!”?

TABOR Y EUCHARISTÍA

La celebración de la Eucaristía tiene mucho de Tabor.

Vemos al sacerdote presidiendo en el altar, y sabemos que es Jesús mismo quien celebra misa en medio de nosotros.

Escuchamos de la Palabra, escuchamos la voz del lector y sabemos que es la Palabra en la que Dios nos habla cada domingo.

Vemos un pedacito de pan y sabemos que es el Cuerpo vivo y sacramental de Jesús.

Comulgamos un poco de pan, y sabemos que estamos comiendo el Cuerpo mismo de Jesús. “Quién come me carne y bebe mi sangre”.

Vemos un altar más o menos adornado y sabemos que es la mesa de la Última Cena o la Cruz del Calvario.

Vemos un montón de gente sentada, arrodillada o parada a nuestro lado, y vemos que es el Cuerpo Místico de Cristo, la comunidad y la familia de Dios.

Para el que asiste con actitud de fe a la Misa lo vemos todo muy humano, pero a la vez, vemos la transfiguración de Dios y de Jesús que se hacen presentes en medio de nosotros.

Por eso mismo, la Misa no es algo que celebra allá al fondo el sacerdote, sino que es la actualización del misterio pascual de Jesús. “Anunciamos tu Muerte, proclamamos tu Resurrección...”

A la Misa no podemos ir en actitud pasiva, sino que vamos a celebrar, actualizar, hacer memoria y hacer contemporáneo el misterio pascual de Jesús. Sólo así podemos disfrutar de la misa. Sólo así, en vez de mirar al reloj para ver cuando acaba, podremos exclamar todos: “Señor, ¡qué bien estamos todos aquí!”

EL TABOR DE LOS ESPOSOS

Estoy pensando si también los esposos no necesitarán de tiempo en tiempo subirse a una montaña, que puede ser una roca mirando al mar o puede ser la naturaleza de bosque.

Porque también los esposos tienen el peligro de lo cotidiano, de lo ordinario, de “siempre lo mismo”, y se olvidan que en sus vidas hay flores que nunca ocuparán un centro de mesa, pero que están ahí.

Porque también los esposos necesitan de tiempo en tiempo transfigurarse. Dejar que afloren esos sentimientos secretos que muchas veces no se atreven a compartir.

Porque también los esposos necesitan de tiempo en tiempo transfigurarse y volver a mirarse y a verse por dentro.

Porque también los esposos necesitan apartarse, hasta de los mismos hijos, y dedicarse a sí mismos ese momento de quedarse a solas mirándose el uno al otro, tal vez sin decirse palabra, pero donde los corazones vuelven a fundirse en silencio en un mismo amor.

Porque también los esposos necesitan de tiempo en tiempo decirse que se aman, expresar sus sentimientos, tantas veces callados en el fondo del alma porque la vida los distrae demasiado y no tiene cuándo decírselos.

Porque también los esposos necesitan de ese aire fresco de la montaña donde los nervios se relajan y el espíritu se esponja.

Porque también los esposos necesitan transfigurarse el uno ante el otro y los dos fundidos en un solo grito exclamar: “Cariño, qué bien estamos aquí”, aunque luego tengan que bajar también ellos de su montaña a seguir peleando con los hijos y con la vida.

¿Cuánto tiempo hace que no sabes lo que siente ella por dentro?

¿Cuánto tiempo hace que no sabes los sentimientos que él lleva dentro?

Os habéis visto muchas veces vuestros cuerpos, pero cuánto tiempo hace que no os veis por dentro.

P. Juan Jáuregui Castelo